

Across the Gulf

Al otro lado del abismo

Aleister Crowley

ABADÍA ARGENTUM

Across the Gulf

Capítulo I

Por fin el asunto vuelve a mi mente. Hace ya cinco años que descubrí mi estela en Bulak, pero hasta que obtuve cierta iniciación en la ciudad de Benarés el año pasado no comenzó a volver el recuerdo de mi vida en la Vigesimosexta Dinastía, cuando fui príncipe y sacerdote en Thebai. Aún ahora mucho es oscuro; pero se me ordena escribir, para que al escribir pueda recobrarse la memoria completa. Pues sin el perfecto conocimiento y la perfecta comprensión de aquella extraña vida junto al Nilus no puedo conocer ni comprender del todo esta vida posterior, ni hallar aquella Tumba que estoy destinado a hallar, ni hacer en ella lo que debe hacerse.

Por eso, con fe y confianza, yo, que fui (en cierto sentido místico) el Sacerdote de los Príncipes, Ankh-f-na-khonsu, hijo de Ta-nech, el santo y poderoso, y de Bes-na-Maut, sacerdotisa de la Estrellada, me dispongo a contarme a mí mismo las cosas extrañas que me sucedieron en aquella vida. Así.

En mi nacimiento ascendía Aphruimis en el signo del León, y en él aquel extraño planeta oculto que preside la oscuridad, la magia y el amor prohibido. El sol estaba unido al planeta de Amoun, pero en el Abismo, en señal de que mi poder y mi gloria habían de ser secretos, y en Aterechinis, el segundo decanato de la Casa de Maat, para que mi pasión y mi placer fuesen asimismo ajenos a lo profano. En la Casa de los Viajes, en el Signo del Carnero,

estaba la Luna, mi dulce señora. Y los sabios interpretaron esto como señal de que viajaría lejos; quizá hasta el gran templo de las fuentes de la madre Nilo; quizá . . .

¡Necedades! Apenas me he movido de Thebai. Sin embargo, he explorado países extraños que ellos no conocían: y también de esto hablaré a su debido tiempo.

Recuerdo (como nunca pude mientras viví en la tierra de Khemi) todo el minucioso cuidado de mi nacimiento. Pues mi madre era de la casa más antigua de Tebas, y su sangre no solo era real, sino mezclada con la divina. Cincuenta vírgenes con sus tisúes de plata la rodeaban agitando sus sistros, como si la risa de los Dioses hiciera eco a los gritos de la mujer. Junto al lecho estaba el Sacerdote de Horus con su pesado báculo, que tenía por cabeza el Fénix y por pie la horquilla. Vigilante estaba, no fuera que Sebek se alzara del abismo. En la azotea del Palacio velaban los tres astrólogos principales del Faraón con sus instrumentos, y cuatro hombres armados desde las esquinas de la torre anunciaban cada dios a medida que se elevaba.

Así, estos tres hombres penaban y sudaban en su tarea; pues se habían inquietado sobremanera. Todo el día se había esperado mi nacimiento; pero cuando Toum se acercaba a Su ocaso sus rostros se pusieron más pálidos que el cielo; pues había en la noche un momento temible que todo su arte no había logrado juzgar. Los dioses que velaban sobre él estaban velados. Con todo, parecía improbable que el Destino así lo decidiera; y sin embargo temían tanto que mandaron decir al sacerdote de Thoth que debía evitar a toda costa el momento amenazante, aunque lo

pagaran con su vida la madre y el niño; y los vigías seguían pregonando la hora.

¡Ahora, ahora!, gritó el más anciano de los astrólogos al acercarse el momento, ¡ahora! Abajo, en respuesta, el sacerdote de Thoth convocó toda su destreza. ¡Cuando he aquí! un retumbo del abismo. El palacio se tambaleó y cayó; Tifón se alzó poderoso en destrucción, cruzando los cielos a zancadas. El mundo se sacudió con el terremoto; cada estrella se soltó de su amarre y tembló. ¡Y en medio, he aquí a Bes-na-Maut, mi madre; y en sus brazos, yo mismo, riendo en medio de toda aquella ruina!

¡Y sin embargo ni una sola criatura viviente sufrió el menor daño! Pero los astrólogos rasgaron sus vestiduras y golpearon sus rostros contra el suelo; pues el momento temible, el Terror Desconocido, había pasado; y con él yo había venido a la luz.

En su terror, en efecto, según supe mucho después, enviaron mensajeros al más anciano y sabio de los sacerdotes, el Sumo Sacerdote de Nuit, que vivía en el fondo de un pozo muy profundo, para que sus ojos, aun de día, permanecieran fijos en las estrellas. Pero él les respondió que, puesto que habían hecho todo lo que podían y el Destino había invertido su designio, era evidente que el asunto estaba en manos del Destino, y que cuanto menos se entrometieran, mejor les iría. Pues era un viejo brusco; cómo lo conocí después se escribirá en su lugar.

Así pues, había de ser criado como correspondía a uno de mi condición, medio príncipe, medio sacerdote. Había de seguir a mi padre, sostener su vara y su ankh, asumir su trono. Y ahora

empiezo a recordar algunos detalles de mi preparación para aquella alta y santa tarea.

La memoria es extrañamente fragmentaria y extrañamente vívida. Recuerdo cómo, cuando hube cumplido mi cuarto mes, los sacerdotes me tomaron y me envolvieron en una piel de pantera, cuyo oro llameante y cuyas manchas negras como el azabache eran como el sol. Me llevaron a la orilla del río donde tomaban el sol los cocodrilos sagrados; y allí me depositaron. Pero al dejarme se abstuvieron del encantamiento acostumbrado contra el espíritu maligno del cocodrilo; y así, durante tres días, yací sin protección. Solo a ciertas horas bajaba mi madre a alimentarme; y también ella guardaba silencio, vestida solo como princesa, sin las insignias sagradas de su cargo.

Asimismo, en el sexto mes me expusieron al Sol en el desierto, donde no había sombra ni ropa; y en el séptimo mes me acostaron en un lecho con una hechicera que se alimentaba de la sangre de niños pequeños y que, habiendo estado largo tiempo en prisión, estaba amargamente hambrienta; y en el octavo mes me dieron por compañeros de juego el áspid del Nilo, la serpiente real Uraeus y la mortífera serpiente del país del Sur; pero pasé ileso por todas estas pruebas.

Y en el noveno mes fui destetado, y mi madre se despidió de mí, pues nunca más podría mirar mi rostro, salvo en los ritos secretos de los Dioses, cuando nos encontraríamos de otro modo que como niño y madre, con la vestidura de aquel Segundo Nacimiento que nosotros, los de Khemi, conocíamos.

Los seis años siguientes de mi vida se han borrado por completo. Todo lo que puedo recordar es la visión de la grandeza de nuestra ciudad de Thebai, y la severidad de mi vida. Pues vivía sobre el lomo de un caballo, aun comiendo y bebiendo mientras cabalgaba; pues así conviene a un príncipe. También fui adiestrado para repartir golpes a mi alrededor con la espada, y en el uso del arco y la lanza. Pues se decía que Horus (o Men Tu, como Lo llamábamos en Thebai) era mi Padre y mi Dios. Hablaré más adelante de aquella extraña historia de mi engendramiento.

Al cabo de siete años, sin embargo, tan grande y fuerte me había hecho que mi padre me llevó a consultar al viejo astrólogo que moraba en el pozo. Esto lo recuerdo como si fuera ayer. ¡El viaje río abajo por el gran río, con sus días lentos! Los bancos que crujían y el sudor de los esclavos están todavía en mis oídos y en mi nariz. Luego, momentos veloces de espuma volante en algún rápido o catarata. Los grandes templos que pasábamos; el solitario Ibis de Thoth que meditaba en la orilla; los vuelos carmesíes de las aves; pero nada de lo que vimos en el viaje se parecía a su final.

Pues en un lugar desolado estaba el Pozo, con solo un pequeño templo al lado, donde podían morar los servidores (¡también ellos santísimos!) de aquel santo anciano. Y mi padre me llevó a la boca del pozo y llamó tres veces el nombre de Nuit. Entonces vino una voz que trepaba y se enroscaba por las paredes como una serpiente: "¡Que este niño llegue a ser sacerdotisa de la Velada!".

Ahora bien, mi padre era lo bastante sabio para saber que el anciano nunca se equivocaba; era solo cuestión de interpretar

correctamente el oráculo. Sin embargo, estaba muy perplejo y afligido, por cuanto yo era un niño varón. Así que, con riesgo de su vida (¡pues el anciano era brusco!), llamó de nuevo y dijo: "¡He aquí a mi hijo!". Pero mientras hablaba, un rayo de sol lo hirió en la nuca, inclinado como estaba sobre el pozo; y su rostro se ennegreció, y la sangre le brotó a borbotones de la boca. Y el anciano lamió con la lengua la sangre de mi padre, y gritó alegremente a sus servidores que me llevaran a una casa de la Velada, para ser allí adiestrado en mi nueva vida.

Salieron entonces de la casita un eunuco y una joven sobremanera hermosa; y el eunuco ensilló dos caballos, y cabalgamos solos hacia el desierto. Y aunque yo sabía cabalgar como un hombre, no me lo permitieron; sino que la joven sacerdotisa me llevó en sus brazos. Y aunque yo comía carne como un guerrero, no me lo permitieron, sino que la joven sacerdotisa me alimentó a su pecho. Y me quitaron la armadura de bronce dorado que mi padre había hecho para mí, escamas como de cocodrilo cosidas sobre piel de cocodrilo que hombres hábiles habían curado con sal y especias; pero me envolvieron en suave seda verde.

Así, extrañamente, llegamos a una casita en el desierto, y lo que allí me sucedió no me es dado por los dioses contarlo en este momento; pero dormiré; y por la mañana, por su favor, su recuerdo se alzará en mí, aun en mí, a través de estos miles de años del girar de la tierra en su curso.

Capítulo II

Así, durante muchos años crecí lustroso y sutil en mi atavío de mujer. Y el viejo eunuco (que era muy sabio) me instruyó en el Arte de la Magia y en el culto de la Velada, de quien yo estaba destinado a ser sacerdotisa. Recuerdo ahora muchas cosas acerca de aquellos extraños rituales, cosas demasiado sagradas para escribirlas. Pero contaré una aventura que tuve cuando tenía nueve años.

En uno de los libros sagrados está escrito que el secreto de aquel sutil brebaje que da la visión de las moradas estelares de Duant, cuya vista es vida eterna en libertad y placer entre los vivos, reside en el uso de cierto huesecillo secreto que hay en el Oso de Siria. Pero ¿cómo iba yo, un niño, a matar a uno de ellos? Pues me habían quitado todas las armas. Mas en un jardín de la ciudad (pues habíamos vuelto ya a una casa en los suburbios de Thebai) había una colonia de osos que un gran señor tenía para su recreo. Y yo, con mi astucia, aparté de su madre a un osezno y lo maté con una gran piedra. Luego le arranqué la piel y me escondí en ella, tomando también su quijada y afilándola en mi piedra. Al fin vino la vieja osa buscándome, y cuando bajó el hocico para olfatearme, tomándome por su cría, le clavé en la garganta mi hueso afilado. Golpeé con gran fortuna; pues tosió una vez, y murió.

Luego le quité la piel con gran trabajo; y (pues ya era de noche) comencé a volver a mi casa. Pero estaba completamente agotado y ya no podía trepar el muro. Con todo, permanecí despierto toda aquella noche, afilando de nuevo en mi piedra la quijada de aquel

osezno; y esta vez la até a una rama que arranqué de cierto árbol que crecía en el jardín. Hacia la mañana me dormí, envuelto en la piel de la vieja osa. Y el gran oso mismo, el señor del jardín, me vio, y me tomó por su compañera, y vino a tomar su placer de mí. Entonces yo, despertado del sueño, le asesté un golpe al corazón con todas mis fuerzas cuando se alzaba sobre mí, y, abandonando mi refugio, corrí entre los árboles. Pues no había dado de lleno, o había golpeado de soslayo. Y el viejo oso, malherido, despedazó la piel de su compañera; y luego, descubriendo el engaño, vino tras de mí.

Pero por buena fortuna encontré un pilono estrecho y me encajé en él, demasiado hondo para que me alcanzara, aunque no podía pasar al otro lado, pues la puerta estaba cerrada ante mí. Y en el ángulo de la puerta había una vieja espada en desuso. Era demasiado pesada para que la blandiera con soltura; sin embargo la levanté, y golpeé débilmente las garras del oso. Tanto lo herí que en su dolor se apartó y se retiró y comenzó a lamerse las zarpas. Así se olvidó de mí; y yo, envalentonándome, ¡corrí hacia él! Abrió la boca; pero antes de que pudiera levantarse, le hundí la espada en ella. Sacudió la cabeza; y yo, aferrado a la empuñadura, fui lanzado por el aire, y caí pesadamente sobre el hombro. También mi cabeza golpeó el suelo; y quedé aturdido.

Cuando volví en mí era porque un grupo de hombres y mujeres me había arrojado agua al rostro y pronunciado los conjuros que reaniman del desmayo. A mi lado, muy junto a mí, yacía muerto mi enemigo; y yo, sin olvidar mi búsqueda, tomé la hoja de la espada (pues se había quebrado) y corté las partes secretas del oso y tomé su huesecillo; y quise marcharme con mi trofeo. Pero

el gran señor de la casa habló conmigo; y todos sus amigos hicieron ademán de burlarse de mí. Mas las mujeres no lo consintieron; me rodearon y me mimaron y me acariciaron; de modo que se dijeron palabras airadas.

Pero mientras reñían entre sí, mi guardián, el viejo eunuco, apareció entre ellos; pues había seguido mi rastro hasta el jardín. Y cuando vieron el anillo del santo anciano astrólogo temblaron; y el señor de la casa me echó al cuello una cadena de oro, mientras su dama me daba su propio chal de seda, bordado con los amores de Isis y Neftis, y de Apis y Hathor. Ni nadie osó quitarme el huesecillo que tan caro había ganado; y con él hice el conjuro del Elixir, y contemplé las moradas estelares de Duant, tal como estaba escrito en el viejo libro sabio.

Pero mis guardianes estaban avergonzados y perplejos; pues aunque yo era tan lustroso y sutil, mi hombría ya resplandecía en hazañas como esta: ¿cómo había de llegar yo verdaderamente a ser la sacerdotisa de la Velada? Por eso me guardaron más de cerca y me criaron con lujo y adulación. Tenía dos esclavitos negros que me abanicaban y me daban de comer; tenía un arpista de la gran ciudad de Menfis, que tocaba melodías lánguidas. Pero en mi travesura lo incitaba constantemente a pensamientos de guerra y de amor; y su música se volvía violenta y estruendosa, de modo que el viejo eunuco, entrando de golpe, lo apaleaba con su bastón.

¡Qué bien recuerdo aquella sala! Era grande y elevada; y había columnas esculpidas de malaquita y lapislázuli, y de pórfido y mármol amarillo. El suelo era de granito negro; el techo, de mármol blanco. En el lado Sur estaba mi lecho, una blandura de

pieles exóticas. Revolcarse en ellas era jadear de placer. En el centro había una diminuta fuente de oro puro. La luz del sol entraba por el espacio entre los muros y el techo, mientras que por los otros lados yo podía mirar a través y hacia arriba, al azul infinito. Había una gran pitón que habitaba la sala; pero era muy vieja, y demasiado sabia para moverse. Pero (así lo creía yo entonces) me vigilaba y llevaba noticias al viejo mago del pozo.

Pues bien, la necedad de mis guardianes se mostró en esto: que mientras todo el día yo dormía y languidecía y jugaba ociosamente, de noche, cuando suponían que dormía, no dormía. Sino que me levantaba y me entregaba a los ejercicios más violentos. Primero, entraba en mi estanque de baño y contenía el aliento bajo el agua mientras invocaba cien veces a la diosa Auramoth. Después, caminaba sobre las manos alrededor de la sala; hasta logré saltar sobre una sola mano. Después, trepaba cada una de las veinticuatro columnas lisas. Después, practicaba las setenta y dos posturas atléticas. También de muchas otras maneras me esforzaba por hacer mi fuerza sobremanera grande; y todo esto lo guardaba en el mayor secreto ante mis guardianes.

Por fin, una noche resolví probar mi fuerza; así que, apartando la cortina, pasé al corredor. Saltando sobre el soldado que me custodiaba, lo derribé al suelo; y con la mano derecha bajo su mentón, la izquierda sobre su hombro derecho y la rodilla en su nuca, le arranqué la cabeza del cuerpo antes de que pudiera lanzar un grito.

Estaba yo entonces en mi decimoquinto año; pero la hazaña fue prodigiosa. Nadie sospechó de mí; se la tuvo por milagro. El viejo

eunuco, afligido, fue a consultar al mago del pozo, cuya respuesta fue: "¡Que se tomen los votos de la sacerdotisa!".

Yo tenía entonces a este anciano por necio y obstinado; pues yo mismo era obstinado y necio. Aún no comprendía en absoluto su sabiduría ni su propósito. Suele suceder así. Antaño, los hombres enviaban a sus sacerdotes a reprender al Nilo por crecer, hasta que se supo que su crecida era la causa de la fertilidad de sus campos.

De los votos que tomé sobre mí y de mi servicio como sacerdotisa de la Velada se tratará a continuación.

Capítulo III

Era el Equinoccio de Primavera, y toda mi vida se agitaba en mí. Me condujeron por frescas columnatas de piedra poderosa, vestido con túnicas blancas bordadas de plata, y velado con un velo de fina red de oro sujeto con rubíes. No me dieron la corona Uraeus, ni nemyss alguno, ni la corona Ateph, sino que ciñeron mi frente con una sencilla guirnalda de hojas verdes: verbena y mandrágora y ciertas hierbas mortíferas de las que no conviene hablar.

Ahora bien, los sacerdotes de la Velada estaban muy perplejos, por cuanto nunca antes se había elegido a un muchacho como sacerdotisa. Pues antes de que puedan administrarse los votos, se buscan las pruebas de la virginidad; y, según parecía, esta parte del ritual debía suprimirse o pasarse por alto. Dijo entonces el Sumo Sacerdote: "Sea que examinemos a la primera mujer que él toque con la mano, y ella bastará".

Cuando oí esto, pensé en poner a prueba al Dios; y, escudriñando la multitud, vi con ropas sueltas, rostro encendido y ojos lascivos a cierta cortesana muy conocida en la ciudad, y la toqué. Entonces se alegraron aquellos sacerdotes que me odiaban, pues querían rechazarme; y, llevando aparte a aquella mujer a la sala de prueba, hicieron la indagación. Luego, con las vestiduras rasgadas, salieron corriendo y clamando contra la Velada; pues la hallaron perfecta en virginidad, y así lo fue ella hasta su muerte, según se vio más tarde.

Pero la Velada se airó con ellos a causa de esto, y apareció con su velo resplandeciente en las gradas de su templo. Allí se detuvo, y los llamó uno por uno; y alzó tan solo la mirilla de su velo y los miró a los ojos; y cayeron muertos ante ella como fulminados por el rayo. Pero aquellos sacerdotes que me eran amigos y leales a la diosa tomaron a aquella cortesana virgen, y la llevaron en triunfo por la ciudad, velada y coronada como corresponde. Al cabo de unos días murió el que custodiaba el macho cabrío sagrado de Khem, y la nombraron en su lugar. Y fue ella la primera mujer así honrada desde los días de la Reina Malvada de la Decimoctava Dinastía, aquella que se hastió de los hombres a una edad en que otras mujeres aún no los han conocido, que se entregó a dioses y bestias.

Pero entonces me llevaron al estanque de plata líquida (o así lo llamaban; supongo que era azogue, pues recuerdo que fue muy difícil sumergirme), que está bajo los pies de la Velada. Pues este es el secreto del Oráculo. De pie a lo lejos, el sacerdote contempla el reflejo de ella en el espejo, viendo sus labios que se mueven bajo el velo; y esto lo interpreta para el que busca la verdad. Así

el sacerdote lee mal el silencio de la Diosa, y el buscador entiende mal el habla del sacerdote. Entonces salen los necios, diciendo: "La Diosa ha mentido"; y en su necedad mueren.

Mientras, pues, me sostenían bajo la superficie del estanque, la Suma Sacerdotisa tomó los votos en mi nombre, diciendo:

Juro por el orbe de la Luna;
Juro por el circuito de las Estrellas;
Juro por el Velo, y por el Rostro tras el Velo;
Juro por la Luz Invisible, y por la Oscuridad Visible;
En nombre de esta Virgen que está sepultada en tu agua;
Vivir en pureza y servicio;
Amar en belleza y verdad;
Guardar el Velo de los profanos;
Morir ante el Velo; . . .

Y luego venía la terrible pena por el fracaso. No me atrevo a recordar la mitad; pero en ella estaban estas palabras: Sea desgarrada por el Falo de Set, y sean devoradas sus entrañas por Apep; sea prostituida a la lujuria de Bes, y sea comido su rostro por el dios . . . No es bueno escribir Su nombre.

Entonces me soltaron, y quedé tendido sonriendo en el estanque. Me alzaron y me llevaron a los pies de la diosa, para que los besara. Y al besarlos me recorrió tal estremecimiento que me creí arrebatado al cielo de Amoun, o como Asi cuando Hoor y Hoor-pa-kraat, hendiendo su vientre, saltaron armados a la vida.

Luego me despojaron de mis túnicas, y me azotaron con finas varillas de avellano virgen, hasta que mi sangre corrió de mí al estanque. Pero la superficie de la plata se tragó la sangre por

alguna energía misteriosa; y lo tomaron como señal de aceptación. Entonces me vistieron con las túnicas propias de una sacerdotisa de la Velada; y me pusieron en la mano un sistro de plata, y me mandaron realizar la ceremonia de adoración. Así lo hice, y el velo de la diosa resplandeció en la oscuridad (pues para entonces había caído la noche) con una extraña luz estrellada. Por ello se supo que yo había sido en verdad bien elegido.

Por último me llevaron a la sala del banquete y me sentaron en el alto trono. Uno por uno pasaron los sacerdotes y besaron mis labios: una por una pasaron las sacerdotisas, y me dieron el secreto apretón de manos que encierra virtud oculta. Y el banquete se volvió alegre; pues todo el alimento había sido preparado mágicamente. Cada bestia que sacrificaron era virgen; cada planta que arrancaron había sido cultivada y cuidada por vírgenes en los jardines del templo. Asimismo, el vino era solo agua de manantial, pero tan consagrada por las santas sacerdotisas que una copa embriagaba más que todo un odre de vino común. Sin embargo, esta embriaguez era un deleite puro, un entusiasmo enteramente divino; y daba fuerza, y quitaba el sueño, y no dejaba pesar alguno.

Por último, cuando el primer resplandor gris de Hormakhu empalideció el índigo profundo de la noche, me coronaron y me vistieron de flores de loto blanco, y me llevaron gozosamente de vuelta al templo, para celebrar allí el ritual matutino del despertar de la Velada.

Así, y no de otro modo, llegué a ser sacerdotisa de aquella santa diosa, y por un tiempo mi vida transcurrió serena como el espejo mismo, sin una arruga.

Fue de la Velada misma de donde vino el Soplo del Cambio. De este modo. En el Séptimo Equinoccio después de mi iniciación en su misterio se halló que la Suma Sacerdotisa fallaba; a su invocación el Velo ya no resplandecía como solía. Por esto la juzgaron impura, y recurrieron a muchas ceremonias, pero sin provecho. Al fin, desesperada, fue al templo de Set, y se entregó como víctima a aquel dios terrible.

Todos los hombres se turbaron mucho por esto, y ninguno de ellos sabía en absoluto qué debía hacer.

Ha de recordarse que las ceremonias las realiza siempre una sola sacerdotisa, a solas ante la diosa, salvo únicamente en las Iniciaciones. Las demás también se habían visto rechazadas por ella; y cuando supieron del terrible fin de la Suma Sacerdotisa, se llenaron de temor. Algunas pocas, en efecto, ocultaron su fracaso a los sacerdotes; pero siempre, dentro de un día y una noche, se las hallaba despedazadas en los atrios exteriores; de modo que decir la verdad pareció el mal menor. Además, el asunto se había vuelto escándalo público; pues la diosa castigaba al pueblo con hambre y con una enfermedad terrible e inmunda.

Pero en cuanto a mí, no sabía qué hacer; pues para mí el Velo resplandecía siempre, y más brillante que de ordinario. Con todo, no dije nada, sino que andaba cabizbajo y apesadumbrado, como si fuera tan desdichado como ellas. Pues no quería parecer que me jactaba del favor de la diosa.

Enviaron entonces al viejo Mago del pozo; y él se les rió abiertamente en las barbas, y no quiso decir palabra. También enviaron al macho cabrío sagrado de Khem, y su sacerdotisa solo

quiso responder: "Yo, y las que son como yo, podemos ser favorecidas por Ella", lo cual tomaron por chocarrería y burla.

Por tercera vez enviaron al templo de Thoth, el dios Ibis de la sabiduría. Y Thoth les respondió con este enigma: "¿Sobre cuántas patas se sostiene mi Ibis?". Y no lo entendieron.

Pero el viejo Sumo Sacerdote resolvió desentrañar el misterio, aunque pagara la prenda con su vida. Así, ocultándose en el templo, vigiló en el estanque el reflejo del resplandor del Velo, mientras una por una realizábamos las adoraciones. Y detrás de él, fuera, estaban los sacerdotes, atentos a que hiciera una señal. Esto no lo sabíamos; pero cuando me tocó a mí (la última) adorar a aquella Velada, ¡he aquí que el Velo resplandeció, y el viejo Sacerdote alzó los brazos para señalar lo que había ocurrido! Y el destello del Ojo atravesó el Velo, y él cayó muerto de su lugar sobre los sacerdotes que estaban fuera.

Lo sepultaron con mucho honor, por cuanto había dado su vida por el pueblo y por el templo, para devolver el favor de la Velada. Vinieron entonces todos muy humildemente a mí, el niño, y me suplicaron que interpretara la voluntad de la Diosa. Y su voluntad era que yo sola la sirviera día y noche.

Me dieron entonces a beber de la Copa del Tormento; y esta es su Virtud: que si alguien hablara falsamente invocando el nombre de la Diosa, arderá en el infierno visiblemente ante todos los hombres durante mil años; y esa llama nunca se apagará. Hay uno así en su templo de Menfis, pues lo vi con estos ojos. Allí arde y se retuerce y chilla sobre el frío suelo de mármol; y allí

arderá hasta que expire su tiempo, y se hunda en aquel infierno más terrible que está bajo el Occidente.

Pero yo bebí de ella, y el rocío celestial quedó brillando sobre mi piel, y una frescura inefable me estremeció; de lo cual todos se regocijaron, y obedecieron la voz de la Diosa que yo les había declarado.

Desde entonces estuve siempre a solas con aquella Velada, y debo adentrarme plenamente en aquel período secreto de mi vida. Pues, pese a su final, que ha avergonzado a muchos sabios, fue para mí como una eternidad de arrobamiento, de esfuerzo y de logro más allá de lo que la mayoría de los mortales (¡y aun los iniciados!) llaman divino.

Entiéndase primero cuál es el ritual de adoración de nuestra Señora la Velada. Primero, la sacerdotisa ejecuta una danza mística, por la cual todos los seres, sean dioses o demonios, son desterrados, para que el lugar sea puro. Después, en otra danza aún más secreta y sublime, se invoca la presencia de la Diosa en su Imagen. Después, la sacerdotisa hace cierto viaje, pasando ante los santuarios de muchos de los grandes y terribles Señores de Khem, y saludándolos. Por último, asume el ser mismo de la Diosa; y si esto se hace debidamente, el Velo resplandece en respuesta.

Por tanto, si el Velo no resplandece, puede saberse que de algún modo la sacerdotisa no ha logrado identificarse con Ella. Así, una impureza en el pensamiento de la sacerdotisa ha de hacerla fallar; pues la diosa es absolutamente pura.

Sin embargo, la tarea es siempre difícil; pues con los otros dioses se conoce el aspecto de sus imágenes; y contemplándolas con firmeza se puede alcanzar fácilmente su imitación, y así su comprensión, y la unidad de conciencia con ellos. Pero con Nuestra Velada, nadie que haya visto su rostro ha vivido lo bastante para decir una palabra o lanzar un grito.

Así pues, era para mí de urgencia vital mantenerme en perfecta simpatía con aquella alma pura, tan serena, tan fuerte. ¡Con qué terror me miré entonces cuando, al mirar en mi propia alma, ya no vi aquella quietud perfecta! Extraño era, como si uno viera un lago agitado por un viento que no sintiera en las mejillas ni en la frente.

Temblando y avergonzado, fui a la adoración vespertina. Me sabía turbado, irritado por no sabía qué. Y pese a todos mis esfuerzos, esto persistió hasta el momento supremo de mi asunción de su divinidad. ¿Y entonces? ¡Oh, pero el Velo resplandeció como nunca hasta entonces; sí, y más! Lanzó chispas de fuego centelleante, de un rosa plateado, una lluvia de llama y de perfume.

Quedé entonces sobremanera asombrado a causa de esto, e hice Vigilia ante ella toda la noche, buscando una Palabra. Y esa palabra no vino.

De lo que sucedió después escribiré luego.

Capítulo IV

Así sucedió que ya no salía en absoluto de la presencia de la diosa, salvo solo para comer y dormir. Y su favor fue devuelto al

pueblo, de modo que todos los hombres se alegraron de ello. Pues si alguno murmuraba, era muerto en el acto, ya que el pueblo recordaba el hambre y la enfermedad, y estaba resuelto a no tener más de aquello, si de algún modo podía evitarse. Por eso eran sobremanera puntuales con sus ofrendas.

Pero yo cada día tenía más miedo, presa de un gran sudor de pasión del que no me atrevía a hablar a nadie. Ni me atrevía siquiera a hablar de ello en secreto en mi propio corazón, no fuera a descubrir su naturaleza. Pero envié a mi favorita, la virgen Istarah (esbelta, pálida y trémula como un loto tierno en el Viento del Oeste), con mi anillo de oficio, a consultar al viejo Mago del pozo. Y él le respondió señalando hacia arriba al cielo y luego hacia abajo a la tierra. Y yo leí este Oráculo como si se hubiera dicho: "Como es arriba, así es abajo".

Esto me llegó cuando me había arrojado desesperado a los pies de mi Señora, cubriéndolos con mis lágrimas; pues por cierta señal manifiesta sabía ahora que había hecho algo tan terrible que aun ahora (estos muchos miles de años después) apenas me atrevo a escribirlo.

Amaba a la Velada.

Sí, con la pasión feroz de una bestia, de un hombre, de un dios, con toda mi alma la amaba. Mientras lo sabía por la señal manifiesta, el Velo estalló en una llama devoradora; consumió las túnicas de mi oficio, lamiéndolas con sus lenguas de fuego como una tigresa que lame sangre; y sin embargo no me quemó, ni chamuscó un solo cabello. Así, desnudo, huí lleno de miedo, y en mi locura resbalé y caí en el estanque de plata líquida,

salpicándola por toda la sala; y mientras huía, aquella catarata rosada de llama que me envolvía (desde el Velo, al brotar en chorro) se apagó... se apagó...

El Velo era una opaca red de oro, nada más.

Entonces me arrastré temeroso a los pies de la diosa, y con mis lágrimas y mis besos procuré despertarla de nuevo a la vida. Pero el Velo no volvió a llamear; solo una niebla se juntó en torno a él y llenó el templo, y ocultó todas las cosas a mis ojos.

Volvió entonces Istarah, mi favorita, con el anillo y el mensaje; y pensando que traía malas noticias, le corté su garganta de cordero con la hoz mágica, y su lengua de áspid se la arranqué con las manos, y la arrojé a los perros y a los chacales.

En esto erré gravemente, pues sus noticias eran buenas. Habiendo reflexionado sobre ellas, percibí su sentido. Pues ya que el Velo llameaba siempre en mi asunción, era seguro que yo estaba en simpatía con aquella santa Velada. Si yo estaba turbado y no sabía por qué; si mi larga paz se agitaba, ¡pues entonces, así también Ella! "¡Como es arriba, así es abajo!". Pues así como yo, siendo hombre, buscaba asir la divinidad y estrecharla en mis brazos, así Ella, la esencia pura, buscaba manifestarse en forma por el amor.

Con todo, no me atreví a repetir la ceremonia a medianoche. En cambio, me tendí boca abajo, con los brazos extendidos en vergüenza y dolor, en las gradas a sus pies. ¡Y he aquí que el Velo llameó! Entonces supe que también Ella se culpaba a Sí misma tanto por su ardor como por su abstinencia.

Así yací siete días, sin moverme nunca; y todo ese tiempo el Velo llameó sutil y suavemente, un resplandor azulado y constante que pasaba al verde a medida que mi pensamiento pasaba de la melancolía al deseo.

Entonces, al octavo día, me levanté y dejé el santuario y me vestí con túnicas nuevas, túnicas de escarlata y oro, con una corona de vid y de laurel y de lauro y de ciprés. Asimismo me purifiqué y proclamé un banquete. E hice que los sacerdotes y los ciudadanos se embriagaran sobremanera. Luego llamé a la guardia, y limpié a fondo todo el templo de todos ellos, encargando al capitán, bajo pena de su vida, que no dejara pasar a nadie adentro. De modo que yo estuviera absolutamente solo en todo el recinto del templo.

Luego, como un viejo lobo gris, vagué alrededor del atrio exterior, alzando la voz en un aullido lúgubre. Y me respondió un ululato como de cien mil lobos, pero hondo y sordo, como si viniera de las entrañas mismas de la tierra.

Entonces, a la hora de medianoche, entré de nuevo en el santuario y realicé el ritual. A medida que avanzaba me inflamé con una lujuria infinita por lo Infinito; y ahora la dejé saltar sin freno, como un verdadero león. Así el Velo brilló rojo como con algún fuego infernal.

Llego ahora al momento de la Asunción; pero en lugar de sentarme sereno y frío, remoto, distante, me recojo y salto locamente hacia el Velo, aferrándolo con mis dos manos. El Velo era de oro tejido, tres mil hilos retorcidos; ¡un palmo de grueso! Sin embargo, empleé toda mi fuerza para rasgarlo de lado a lado;

y (pues también ella empleó su fuerza) se desgarró con un rugido como de terremoto.

Cegado quedé por la gloria de su rostro; habría caído; pero ella me atrajo hacia sí, y fijó su boca divina en la mía, devorándome con la luz de sus ojos. Su boca gemía, su garganta sollozaba de amor; su lengua se hundió en mí como un rayo de sol hiere los palmares; mis túnicas cayeron calcinadas, y carne con carne nos abrazamos.

Luego, de algún modo extraño, me asió en cuerpo y alma, enroscándose en torno a mí y dentro de mí como la Muerte que devora al hombre mortal. Y aún, aún crecía mi ser; mi conciencia se expandió hasta que fui toda la Naturaleza vista como una, sentida como una, aprehendida como una, formada por mí, parte de mí, aparte de mí (todas estas cosas en un mismo momento); y al mismo tiempo el éxtasis del amor se hizo colosal, una torre para escalar las estrellas, un mar para ahogar el sol . . .

No puedo escribir de esto . . . pero en las calles la gente recogía manzanas de oro que caían de ramas invisibles, y escanciadores invisibles servían vino para todos, un vino extraño que curaba la enfermedad y la vejez, un vino que, vertido entre los dientes de los muertos (siempre que el embalsamador no hubiera comenzado su obra), los traía de vuelta del reino oscuro a la perfecta salud y juventud.

En cuanto a mí, yacía como muerto en los brazos de la santa Velada (¡ya no Velada!) mientras ella tomaba su placer de mí diez veces, mil veces. En aquel torbellino de pasión toda mi fuerza era como una paja en el simún. ¡Y sin embargo no me debilitaba,

sino que me hacía más fuerte! Aunque mis costillas crujían, me mantuve firme. Pronto, en efecto, me moví; parecía como si su fuerza hubiera pasado a mí. ¡Así le eché hacia atrás la cabeza y me lancé sobre ella y dentro de ella como un cometa que empala al sol en su cuerno! Y mi aliento iba y venía veloz entre mis labios y los suyos; su gemido, ahora débil, como de un niño moribundo, ya no como de una bestia salvaje en tormento. Así, loco con la lujuria de la conquista, me arrojé sobre ella y luché contra ella. Le extendí los brazos y los forcé contra el suelo; luego se los crucé sobre el pecho, de modo que quedó impotente. Y me volví como una poderosa serpiente de llama, y la envolví, la estrujé en mis anillos. ¡Yo era el amo! . . .

Entonces creció en torno a mí un vasto ruido como de gritos: tomé conciencia del mezquino universo, la cosa que parece separada de uno mismo mientras uno mismo está separado de ella. Los hombres gritaban: "¡El templo está en llamas! ¡El templo de Asi la Velada arde! ¡El poderoso templo que daba su gloria a Thebai está en llamas!".

Entonces solté mis anillos y me recogí en la forma de un poderoso halcón de oro y le dije una última palabra, ¡una palabra para levantarla de entre los muertos! ¡Pero he aquí, no Asi, sino Asar! Blanca era su vestidura, estrellada de rojo y azul y amarillo. Verde era su Semblante, y en sus manos llevaba el cayado y el flagelo. Así se alzó, mientras el templo caía en ruinas a nuestro alrededor, y quedamos allí de pie. Y yo no sabía qué decir.

Entonces la gente de la ciudad se agolpó sobre nosotros, y en su mayoría querían matarme. Pero Thoth, el poderoso Dios, el sabio, con su cabeza de Ibis, y su nemyss de índigo, con su corona

Ateph y su vara del Fénix y con su Ankh de esmeralda, con su mandil mágico en los Tres colores; sí, Thoth, el Dios de la Sabiduría, cuya piel es de un naranja leonado como si ardiera en un horno, se nos apareció visiblemente a todos. Y el viejo Mago del Pozo, a quien nadie había visto fuera de su pozo en casi sesenta años, fue hallado en medio de nosotros: y clamó a gran voz, diciendo: "¡El Equinoccio de los Dioses!".

Y prosiguió explicando cómo la Naturaleza ya no había de ser el centro del culto del hombre, sino el Hombre mismo, el hombre en su sufrimiento y su muerte, el hombre en su purificación y su perfección. Y recitó la Fórmula del Osiris como sigue, tal como nos ha sido transmitida por los Hermanos de la Cruz y la Rosa hasta el día de hoy:

"Pues Asar Un-nefer ha dicho:
El que es hallado perfecto ante los Dioses ha dicho:
Estos son los elementos de mi cuerpo, perfeccionados por el sufrimiento, glorificados por la prueba.
Pues el Aroma de la Rosa moribunda es el suspiro reprimido de mi sufrimiento;
El fuego Rojo como la Llama es la energía de mi Voluntad indómita;
La Copa de Vino es el derramamiento de la sangre de mi corazón, sacrificada a la regeneración;
Y el Pan y la Sal son los Fundamentos de mi Cuerpo,
Que destruyo para que puedan ser renovados.
Pues yo soy Asar triunfante, aun Asar Un-nefer el Justificado.
Yo soy Aquel que está revestido del cuerpo de carne,
Mas en Quien está el Espíritu de los poderosos Dioses.

Yo soy el Señor de la Vida, triunfante sobre la muerte; el que participa conmigo se levantará conmigo.
Yo soy el manifestador en la Materia de aquellos cuya morada está en lo Invisible.
Estoy purificado: estoy de pie sobre el Universo: soy su Reconciliador con los Dioses eternos: soy el Perfeccionador de la Materia; ¡y sin mí el Universo no es!".

Todo esto dijo, y mostró los sacramentos de Osiris ante todos ellos; y de cierta manera mística participamos todos simbólicamente de ellos. ¡Pero yo! En el Aroma de la Rosa moribunda contemplé más bien la perfección del amor de mi señora la Velada, ¡a quien había conquistado, y dado muerte al conquistarla!

Ahora, sin embargo, el viejo Mago me vistió (pues yo estaba aún desnudo) con el atuendo de un Sacerdote de Osiris. Me dio las túnicas de lino blanco, y la piel de leopardo, y la vara y el ankh. También me dio el cayado y el flagelo, y me ciñó con el cinturón real. Sobre mi cabeza puso la santa serpiente Uraeus por corona; y luego, volviéndose al pueblo, clamó en voz alta: "¡He aquí al Sacerdote de Asar en Thebai! Él os proclamará el culto de Asar; ¡mirad que lo sigáis!".

Luego, antes de que nadie pudiera gritar "¡Detente!", había desaparecido de nuestra vista.

Despedí al pueblo; quedé a solas con el Dios muerto; con Osiris, el Señor de Amennti, el muerto por Tifón, el devorado por Apophis . . .

¡Sí, en verdad, estaba solo!

Capítulo V

Entonces se apoderó de mí el gran agotamiento, y caí a los pies del Osiris como muerto. Todo conocimiento de las cosas terrestres se apartó de mí; entré en el reino de los muertos por la puerta del Occidente. Pues el culto de Osiris consiste en unir la tierra al Occidente; es el culto del Sol Poniente. Por Isis el hombre obtiene la fuerza de la naturaleza; por Osiris obtiene la fuerza del sufrimiento y de la prueba, y así como el atleta entrenado es superior al salvaje, así la magia de Osiris es más fuerte que la magia de Isis.

Así, por mis prácticas secretas de noche, mientras mis guardianes se esforzaban por suavizar mi espíritu hasta hacerlo de muchacha, había hallado yo el poder de provocar aquel tremendo acontecimiento, un Equinoccio de los Dioses. Del mismo modo, miles de años después, mi rebelión secreta contra Osiris (¡pues el mundo ya había sufrido bastante!) estaba destinada a provocar otro Equinoccio, en el que Horus había de reemplazar al Muerto con su juventud y su vigor y su victoria.

Pasé, pues, a aquellas moradas resplandecientes de Amennti, envuelto en espesa oscuridad, mientras mi cuerpo yacía en trance a los pies del Osiris en el templo en ruinas. Y el dios Osiris envió su extraña lobreguez para cubrirnos, no fuera que el pueblo percibiera o estorbara. Por eso yací en paz, en trance, y permanecí en Amennti. Allí me enfrenté con el dios devorador, y allí mi corazón fue pesado y hallado perfecto; allí los cuarenta y dos Jueces me mandaron pasar por los pilonos que guardaban; allí hablé con los Siete, y con los Nueve, y con los Treinta y Tres;

y al final salí a la morada de la Santa Hathor, a su montaña mística, y siendo allí coronado y enguirnaldado me regocijé sobremanera, saliendo por la puerta del Oriente, la puerta Hermosa, a la Tierra de Khemi, y a la ciudad de Thebai, y al templo que había sido el templo de la Velada.

Allí me reuní con mi cuerpo, haciendo los enlaces mágicos de la manera prescrita, y me levanté e hice adoración al Osiris por el signo cuádruple.

Por eso la Luz de Osiris comenzó a alborear; recorrió la ciudad arremolinándose, desbordante, clamando en voz alta; con lo cual el pueblo adoró, humillado con temor sobremanera grande. Además, escucharon a sus sabios y trajeron ofrendas de oro, de modo que el suelo del templo quedó colmado; y ofrendas de bueyes, de modo que los atrios del templo no podían contenerlos: y ofrendas de esclavos, como si fueran un poderoso ejército.

Entonces me retiré; y tomando consejo con los más sabios de los sacerdotes y de los arquitectos y de los escultores, di mis órdenes para que el templo fuera debidamente edificado. Por el favor del dios todas las cosas marcharon bastante bien; y sin embargo era yo consciente de algún error en la obra; o, si se quiere, de alguna flaqueza en mí mismo y en mi deseo. Vean ustedes: no podía olvidar a la Velada, mis días de silencio y soledad con Ella, el lento alborear de nuestra espléndida pasión, ¡el clímax de toda aquella maravilla en su ruina! Así, a medida que se acercaba el día de la consagración del templo, comencé a temer alguna gran catástrofe. Sin embargo, todo marchó bien; quizá demasiado bien.

Los sacerdotes y el pueblo nada sabían de esto, sin embargo. Pues el dios manifestaba un favor excepcional, como debe hacerlo un dios nuevo, pues ¿cómo establecerá si no su posición? Las cosechas fueron cuádruples, el ganado óctuple; las mujeres eran todas fecundas (¡sí, mujeres estériles de sesenta años parieron gemelos!); no había enfermedad ni pesar en la ciudad.

Poderosa fue la afluencia de los ciudadanos en el gran día de la consagración. Espléndido se alzaba el templo, una fortaleza de granito negro. Las columnas estaban talladas con maravillosas imágenes de todos los dioses adorando a Osiris; maravillas de pintura resplandecían en los muros; narraban la historia de Osiris, su nacimiento, su vida, su muerte a manos de Tifón, la búsqueda de sus miembros dispersos, el nacimiento de Horus y de Harpócrates, la venganza sobre Tifón Seth, la resurrección de Osiris. El dios mismo estaba sentado en un trono empotrado en el muro. Era de lapislázuli y ámbar, con incrustaciones de esmeralda y rubí. Espejos de oro pulido, de oro bruñido con veneno seco de áspides, para que murieran los esclavos que trabajaban en él. Pues, siendo ilícito que aquellos espejos hubieran reflejado jamás un semblante mortal, los esclavos eran a la vez cegados y velados; y aun así, era mejor que murieran.

Por fin comenzó la ceremonia. Con palabras espléndidas, con palabras que brillaban como llamas, consagré a todos los que allí estaban presentes, aun a toda la ciudad de Thebai. E hice la salutación a los dioses asistentes, con gran fuerza, de modo que respondieron con ecos de mi adoración. Y Osiris aceptó mi adoración con alegría mientras yo recorría los cuatro puntos cardinales del templo.

Llega ahora la misteriosa ceremonia de la Asunción. Tomé sobre mí la forma del dios: me esforcé por poner mi corazón en armonía con el suyo. ¡Ay, ay! Estaba yo en sintonía con el alma muerta de Isis; mi corazón era como una llama de lujuria y belleza elementales; no podía, no podía.

Entonces los cielos se oscurecieron y negras nubes se juntaron sobre el Firmamento de Nu. Oscuras llamas de relámpago rasgaron las nubes, sin dar luz alguna. El trueno rugió; el pueblo tuvo miedo. En su oscuro santuario el Osiris se ensombreció, con el desagrado en la frente y la majestad ofendida en los ojos.

Entonces una columna de polvo descendió girando desde la bóveda del cielo, hasta mí, que estaba solo, medio desafiante, en medio del templo, mientras los sacerdotes y el pueblo se encogían y gemían a lo lejos. Rasgó el macizo techo como si hubiera sido un techado de paja, arrojando girando los bloques de granito lejos, al Nilo. Descendió rugiendo y retorciéndose, como un rey demonio serpentino herido en su agonía de muerte; me golpeó y me alzó del templo; me llevó a través de leguas de aire hasta el desierto; luego se disolvió y me arrojó con desprecio sobre una colina de arena.

Sin aliento y aturdido yací, con la ira y la angustia desgarrándome el corazón. Me levanté para jurar una poderosa maldición; el agotamiento se apoderó de mí, y caí desmayado a tierra.

Cuando volví en mí era casi el alba. Subí a la cima del montículo y miré a mi alrededor. Nada sino arena, arena por todas partes. ¡Así mismo era dentro de mi corazón! La única guía para mis

pasos (al salir el sol) era un vislumbre más verde en el Oriente, que pensé que podría ser el reflejo del valle del Nilo. Hacia allí dirigí mis pasos: todo el día luché con el calor abrasador, con la arena movediza. De noche intenté dormir, pues la pura fatiga me impulsaba. Pero cada vez que me acostaba

me tendía, tantas veces la inquietud me empujaba hacia adelante. Avanzaba tambaleándome un rato, luego tropezaba y caía. Solo al alba dormí quizá una hora, y desperté helado de muerte por mi propio sudor. Estaba tan débil que apenas podía levantar una mano; tenía la lengua hinchada, de modo que no podía saludar al disco solar con la adoración acostumbrada. Mi cerebro había escapado a mi dominio; ya no podía siquiera pensar en los conjuros apropiados que podrían haberme traído ayuda. En cambio, se acercaron formas espantosas; una, un horrendo demonio camello, una bestia obscena de inmundicia; otra, un mono negro de hocico azul y nalgas carmesí, con toda la piel lampiña y costrosa, y con la masa de su melena aceitada y recortada como la de una hermosa cortesana. Este sujeto se burlaba de mí con los gestos seductores de una mujer así, y de cuando en cuando vaciaba sus excrementos sobre mí. Había además otros, amenazantes y terribles, vastas formas demoníacas como nubes... No podía pensar en las palabras de poder que los dominan. Y el sol que entibiaba mis huesos helados me abrasaba aún más. La lengua se me hinchó tanto que apenas podía respirar; mi rostro se ennegreció; los ojos se me salían de las órbitas. Los demonios se acercaron más; sacaron fuerza de mi debilidad, se hicieron cuerpos materiales, me tironeaban, me pinchaban y me mordían. Me volví contra ellos y golpeé débilmente una y otra vez; pero me esquivaban con facilidad y

sus risas aullantes resonaban en mis oídos como las del infierno. Con todo, vi que me atacaban solo por un lado, como para forzarme a seguir un camino. Pero fui lo bastante sabio para mantener mi sombra firmemente detrás de mí: y ellos, al ver esto, se enfurecieron todavía más; y yo por eso me obstiné más en mi rumbo. Entonces cambiaron de táctica, e hicieron como si quisieran mantenerme en el rumbo que yo había elegido; y al ver esto me confirmé en él.

¡En verdad iba yo con los dioses! Pues al poco rato llegué a un estanque de agua junto al cual se erguía una alta palmera. Me zambullí en aquella ola fresca; mis fuerzas volvieron, aunque despacio; y sin embargo, con un solo movimiento de mi mano en el gesto debido, todos los demonios se desvanecieron; y en una hora estuve lo bastante repuesto para llamar a mis amigos desde el estanque, los pececillos, mis compañeros de juego; y la ninfa del estanque salió, se inclinó ante mí y me cocinó los peces con aquel fuego que vuelve el agua luminosa y chispeante. También me arrancó dátiles del árbol, y comí de ellos. Así quedé muy reconfortado; y cuando hube comido, ella tomó mi cabeza en su regazo y me cantó hasta dormirme; pues su voz era como el rizarse de los lagos bajo el viento de primavera, y como el borbotear de un pozo, y como el tintineo de una fuente a través de un lecho de musgo. Tenía también notas profundas, como el mar que retumba contra una costa rocosa.

Así dormí largo, largo, largo tiempo. Y cuando desperté la ninfa se había ido; pero saqué de mi pecho un cofrecillo con ciertas hierbas sagradas y, arrojando unos pocos granos al estanque, le pagué su cortesía. Y la bendije en el nombre de nuestra difunta

señora Isis, y seguí adelante, con la fuerza de aquella deliciosa comida, por un gran trecho.

Mas no sabía qué hacer; pues era como un hombre muerto, aunque mi edad apenas llegaba a los veintidós años. ¿Qué había de sucederme en verdad? Sin embargo seguí; y, trepando una loma, contemplé por fin el ancho Nilo y una ciudad resplandeciente que no conocía. Allí, sobre la loma, me detuve y di gracias a los grandes dioses del Cielo, los Eones de años infinitos, por haber llegado hasta allí. Pues a la vista del Nilo comenzó a alborear en mí una vida nueva.

Capítulo VI

Sin larga demora descendí las laderas y entré en la ciudad. Como no sabía qué podía haber ocurrido en Tebas ni qué noticias podían haber llegado hasta allí, no me atreví a darme a conocer; sino que, buscando al Sumo Sacerdote de Horus, le mostré cierta señal, diciéndole que venía de Menfis de viaje y que me proponía visitar Tebas para rendir homenaje en el santuario de Isis. Pero él, lleno de la noticia, me contó que la antigua sacerdotisa de Isis, que se había hecho sacerdote de Osiris, había sido arrebatada al cielo como señal del favor insigne del Dios. Ante lo cual apenas pude contener la risa; pero me dominé y respondí que ahora estaba dispuesto a volver a Menfis, pues yo estaba consagrado a Isis, y Osiris no podía servir a mi propósito.

Entonces él me rogó que me quedara como su huésped y que fuera a adorar al templo de Isis de aquella ciudad. Accedí, y el buen hombre me dio ropas nuevas y joyas del tesoro de su propio templo. También allí descansé dulcemente sobre blandos cojines,

abanicado por muchachos con anchas hojas de palmera. Además me envió a la bailarina del Sueño. El arte de esta muchacha consistía en tejer movimientos tan sutiles que los sentidos, al mirarla, desfallecían; y mientras se mecía cantaba, cada vez más bajo a medida que se movía cada vez más despacio, hasta que quien la miraba y escuchaba se disolvía en la dicha del sueño y en un delicado ensueño.

Entonces, mientras él dormía, ella se inclinaba sobre él tal como Nuit, la Señora de las Estrellas, se inclina sobre la tierra negra, y en sus oídos susurraba ritmos extraños, expresiones secretas, por las cuales su espíritu era arrebatado a los reinos de Hathor o de alguna otra diosa dorada, para cosechar allí en una sola noche una cosecha de reposo tal como jamás la rinden los campos del sueño mortal.

Así pues desperté al alba, y la hallé todavía velando, todavía mirándome a los ojos con una tierna sonrisa en la boca, que arrullaba susurros infinitamente sedantes. En verdad me despertó con un suave beso, pues en este Arte hay un momento justo para dormir y otro para despertar: y ella era muy diestra en adivinarlo.

Me levanté entonces (ella se alejó revoloteando como un pájaro), me vestí y, buscando a mi anfitrión, salí con él hacia el Templo de Isis.

Ahora bien, su ritual (según pareció) difería en un punto del que yo acostumbraba. Así, no era pena de muerte inmiscuirse en la ceremonia, salvo solo para los profanos. Los sacerdotes de cierto rango de iniciación podían contemplarla si querían. Yo, por

tanto, deseando ver de nuevo aquel maravilloso resplandor del Velo, revelé al Sumo Sacerdote una señal suficiente. Ante ella quedó él sumamente asombrado y, juzgando a Hércules por el pie, empezó a pensar que yo podía ser algún enviado sagrado o algún inspector de los Dioses mismos. Le dejé pensarlo; entretanto avanzamos hasta los santuarios y nos quedamos detrás de las columnas, sin ser vistos, en la posición prescrita.

Y sucedió que ese día la Suma Sacerdotisa en persona había elegido celebrar el rito. Era una mujer alta y negra, majestuosísima, de miembros fuertes como los de un hombre. Su mirada era aguda como la de un halcón, y su frente imperiosa. Pero en la Asunción de la forma del Dios se acercó y susurró al Velo, tan bajo que no pudimos oírlo; pero, según parecía, con feroz intensidad, con una pasión que le anudaba los músculos, de modo que sus brazos se retorcían como serpientes heridas. Además se le hincharon las venas de la frente y le vino espuma a los labios. Creímos que había muerto; su cuerpo se hinchó y se estremeció; por último un grito terrible estalló de su garganta, inarticulado, espantoso. Y sin embargo todo ese tiempo el Velo centelleaba, aunque algo sombríamente. También el aire se llenó de una música salvaje y arrolladora, que nos desgarraba los oídos mismos con su tosca magia. Pues no se parecía a ninguna música que yo hubiera oído antes.

Por fin la Sacerdotisa se arrancó del Velo y se tambaleó, como una ebria, templo abajo. Suspiros y sollozos le desgarraban el pecho; y sus uñas abrían surcos sangrientos en sus flancos mojados. De pronto nos divisó a mí y a mi compañero; de un solo golpe lo derribó a él por tierra (es ilícito resistir a la Sacerdotisa

cuando está en el Éxtasis de la Unión) y, cayendo sobre mí como una fiera, me hundió los dientes en el cuello y me derribó al suelo. Luego, soltándome mientras la sangre manaba de mí, clavó en ella sus ojos centelleantes con extraño gozo, y con las manos me sacudió como un león sacude a un ciervo. Nervudas eran sus manos, de nudillos grandes, y su fuerza era como cuerdas de hierro. Mas su poder no era sino el de una mortal; al poco dio una boqueada como la de un hombre que se ahoga; su cuerpo se aflojó y cayó con todo su peso muerto sobre el mío, con su boca pegada a la mía en un beso espantoso. Espantoso, porque cuando mi boca se lo devolvió, casi maquinalmente, la sangre le brotó a borbotones de las narices y me cegó. Entonces también yo, más muerto que vivo, me desvanecí en la dicha, en el trance.

Me despertó el Sumo Sacerdote de Horus. "Ven", dijo; "ha muerto".

Me desprendí de todo aquel peso de locura (y el cuerpo se retorció convulsivamente cuando lo di vuelta), besé aquellos labios espumosos, pues en la muerte era hermosa más allá de lo creíble, gozosa más allá de toda descripción; de allí me tambaleé hasta el Velo y saludé con todas mis fuerzas, de modo que centelleó bajo la fuerza de mi pura voluntad. Luego me volví otra vez y, con el Sumo Sacerdote, me dirigí a su casa.

Extraño en verdad era yo al atravesar la ciudad, con mis ropas nuevas oscurecidas por la sangre de aquella santísima hechicera. Pero nadie del pueblo se atrevió siquiera a levantar los ojos; ni hablamos nosotros entre nosotros en absoluto.

Pero cuando llegamos a la casa del Sumo Sacerdote, me encaró él con severidad. "¿Qué es esto, hijo mío?"

Y yo, hastiado de la locura del mundo y de la inutilidad de las cosas, le respondí: "Padre, vuelvo a Menfis. Yo soy el Mago del Pozo".

Ahora bien, él conocía al Mago, y me respondió: "¿Por qué mientes?".

Y yo dije: "He llegado al mundo donde toda palabra es falsa y toda palabra es verdadera".

Entonces él me hizo reverencia, postrándose en tierra hasta noventa y nueve veces. Y yo lo rechacé con desdén y dije: "Trae a la bailarina del Sueño; pues por la mañana partiré hacia Menfis". Y ella vino, y yo la maldije y grité: "¡Sé tú la bailarina del Amor!". Y así fue. Y entré a ella, y la conocí; y por la mañana me ceñí, y subí a la barca de gala del Sumo Sacerdote, y me recosté sobre oro y púrpura, y me solacé con laúdes y con liras y con papagayos, y con esclavos negros, y con vino y con frutas deliciosas, hasta que llegué a la santa ciudad de Menfis.

Y allí llamé a soldados del Faraón e hice dar muerte cruel a todos los que me habían acompañado; y quemé la barca, a la deriva sobre el Nilo al ponerse el sol, de modo que las llamas alarmaron a los necios ciudadanos.

Todo esto hice, y bailé desnudo en mi locura por la ciudad hasta que llegué al Viejo Mago del Pozo. Y, riendo, le arrojé una piedra, gritando: "¡Descíframe el enigma de mi vida!". Y él no respondió nada.

Entonces le arrojé una gran roca, y oí crujir sus huesos, y grité burlándome: "¡Descíframe el enigma de Mi vida!". Pero él no respondió nada.

Entonces derribé el muro del pozo; y quemé con fuego la casa que estaba junto a él, con los criados y las criadas. Y nadie se atrevió a detenerme; pues yo reía y me regocijaba en mi locura. Sí, en verdad, reía, y reía, y reía...

Capítulo VII

Entonces, curado ya de mi locura, tomé todo el tesoro de aquel viejo Mago, que él había atesorado durante muchos años, y nadie me lo contradijo. Grande y espléndido era: de oro, más del que doce novillos podían arrastrar; de rubíes balajes, y sardónice, y berilo, y crisoprasa; de diamante y de zafiro estrellado; de esmeralda mucho, muchísimo; de topacio y de amatista, gemas grandes y maravillosas. Tenía además una figura de Nuit más grande que una mujer, hecha de lapislázuli moteado de oro, tallada con maravillosa excelencia. Y tenía la gema secreta de Hadit, que no se encuentra en la tierra, porque es invisible salvo cuando ya no se ve todo lo demás.

Luego fui al mercado y compré esclavos. Me compré en particular un gigante, un nubio más negro que el granito pulido visto a la luz de las estrellas, alto como una palmera joven y derecho, pero más horrendo que el Mono de Thoth. Compré también un muchacho joven y pálido del Norte, un mozo tonto de modales ociosos y lánguidos. Pero su boca ardía como el ocaso cuando soplan las tormentas de polvo. Tan pálido y débil era que todos lo despreciaban y se burlaban de él como de una muchacha.

Entonces él tomó del fuego un hierro al rojo blanco y escribió con él mi nombre en jeroglíficos sobre su pecho; y ni una vez se alteró su sonrisa mientras la carne siseaba y humeaba.

Así salimos, una gran caravana, hacia un islote rocoso del Nilo, de difícil acceso porque las aguas espumaban y se arremolinaban peligrosamente a su alrededor. Allí construimos un pequeño templo en forma de colmena; pero no había en él altar ni santuario; pues en aquel templo el dios había de ser sacrificado a sí mismo. A mí mismo me hice su dios; me empolvé el cabello con oro y lo entrelacé con flores. Me doré los párpados y me teñí los labios de bermellón. Me doré los pechos y las uñas, y como Dios y Víctima en uno era sacrificado cada día a aquella cosa extraña que no era otra que yo mismo. Hice sumo sacerdote a mi gigante nubio; y doté su vara de poder mágico, para que pudiera celebrar debidamente mis ritos. Esto lo hizo con tanto éxito que muchos hombres de Menfis, y aun de pueblos más lejanos, dejando a sus dioses, vinieron allí e hicieron sacrificio. Nombré además al muchacho pálido guardián del Santuario: y él me juró serme fiel hasta la muerte.

Ahora bien, se levantó una gran contienda en Menfis, y muchas mujeres necias y lascivas clamaron contra nosotros. Tan feroz fue el tumulto que una gran compañía de mujeres salió de la ciudad y llegó a la isla. Mataron a mi muchacho pálido en la puerta, aunque él luchó contra ellas espada en mano. Luego siguieron avanzando espumajeando, y yo les hice frente en mi gloria. Vacilaron, y en ese momento las herí con una comezón mortal, de modo que, saliendo a la carrera, se arrancaron las ropas y se pusieron a rascarse, mientras mi gente reía hasta dolerle. Al

cabo, en verdad, de agotamiento y de pérdida de sangre murieron todas; cuatrocientas dos mujeres perecieron en la matanza de aquel gran día, de modo que el pueblo de Menfis tuvo paz por un tiempo.

Pero yo lloré la pérdida de aquel joven esclavo. Hice embalsamar su cuerpo como no corresponde a nadie que no sea un rey. Y a la puerta del templo coloqué su sarcófago bajo un seto de cuchillos y lanzas, de modo que no había otro acceso a mi gloria. Honor semejante no lo tuvo jamás esclavo alguno.

Así pues permanecí allí tres ciclos de la estación; y al cabo de ese tiempo murió el Sumo Sacerdote. Pues el mío era un rito extraño y espantoso de celebrar; ningún otro, y nadie que no estuviera fortificado por poder mágico, habría podido hacer aquello. Sin embargo también yo me harté de aquel sacrificio perpetuo. Me había vuelto gastado y macilento; no había sangre sino hielo en mis venas. En verdad me había convertido casi en un dios…

Por tanto tomé el cuerpo de mi nubio, y maté a cuatro muchachas, y llené con su sangre todos los huecos de su cuerpo. Después sellé además su cuerpo con ocho sellos; y el noveno sello era el mío propio, el centro de mi divinidad. Entonces él se levantó lenta y tambaleantemente mientras yo pronunciaba las palabras espantosas:

A ka dua
Tuf ur biu
Bi aa chefu
Dudu ner af an nuteru!

Entonces lo toqué con mi vara y se alzó en la plenitud del poder de su ser; y entramos, y por última vez celebró él (aunque en silencio) la ceremonia. Al término de la cual quedó tendido, marchito y desplomado, encogido como un odre viejo; y sin embargo su sangre no me sirvió de nada. Estaba más helado que antes. Pero ahora sí era yo Osiris, pues despedía de mi piel llamas de fría gloria gris, y mis ojos estaban rígidos de éxtasis. ¡Sí, por el propio Osiris, lo juro! ¡Así como los ojos de todos los hombres vivos giran sin cesar, así estaban fijos los míos!

Entonces me sacudí y salí hacia la ciudad de Menfis, con el rostro velado y mis pasos guiados por esclavos. Y allí entré en los templos uno por uno; y aparté de un tirón mi velo, ante lo cual todos los hombres cayeron muertos en el acto, y los dioses se desplomaron de sus sitios y se rompieron en pedazos contra el suelo.

Y me velé, y fui a la plaza del mercado, y alcé la voz en un canto y clamé:

¡Muerte, y desolación, y desesperación!
Alzo mi voz, y todos los dioses enmudecen.
Descubro mi rostro, y todo lo que vive deja de ser.
Aspiro la vida, y exhalo destrucción.
Oigo la música del mundo, y su eco es silencio.
¡Muerte, y desolación, y desesperación!
La encrucijada de los caminos ha llegado: el Equinoccio de los Dioses ha pasado.
Otro día: otro camino.
¡Que los que me oyen se humillen ante mí!
¡Muerte, y desolación, y desesperación!

Entonces me quité el velo, y los fríos relámpagos de la muerte salieron disparados, y el pueblo de la ciudad cayó muerto donde estaba. Salvo uno solo, un muchacho, un flautista, que era ciego y, como no veía aquellos ojos míos, no murió.

Entonces le hablé, diciendo: "Levántate, convoca a los sacerdotes y al pueblo, a todos los que quedan. Y que construyan un templo a Osiris, el Dios de los muertos, y que los muertos sean adorados por siempre jamás".

Esto dije, y salí de la ciudad con los dos esclavos que había dejado en la puerta, y fuimos hacia el Nilo, a una cueva junto a la orilla del río; y allí permanecí muchos meses, llorando a Isis mi Señora. Pues aunque la había vengado con muchos hechos espantosos, no la había devuelto a la vida. Más aún, el amor por ella estaba como muerto en mí, de modo que mi corazón no se conmovía al pensar en ella. ¡Digamos que mi amor vagaba como un fantasma insepulto, helado, a la deriva sobre los vientos!

Ahora bien, de mis hechos de este período es casi demasiado horrible hablar. Pues realicé una gran penitencia, con la esperanza de vivificar aquel principio muerto en mí que los hombres llaman el alma.

Me hice pasar hambre vergonzosamente, de esta manera. Rodeándome primero de todos los lujos posibles en comida, que me traían humeante y sabrosa de hora en hora, me condenaba sin embargo a subsistir con un poco de ajo y un poco de sal, con un poco de agua en la que se habían machacado avenas. Luego, si surgía en mí algún deseo de comer de los manjares que me rodeaban, me hacía tajos con una piedra afilada. Además encendí

un gran fuego en la cueva, de modo que los esclavos tropezaban y se desmayaban al acercarse. Y el humo me ahogaba, de modo que vomitaba constantemente de los pulmones una mucosidad negra y maloliente, manchada aquí y allá de sangre espumosa. También dejé crecer mi cabello en exceso, y en él albergué alimañas. Además, cuando me acostaba a dormir (aunque no lo hacía hasta que, con la lengua hinchada y la garganta ennegrecida, ya no podía aullar el nombre de mi difunta Señora), entonces, digo, me untaba los miembros con miel, para que las ratas de la cueva los royeran mientras dormía. Más aún, apoyaba la cabeza sobre un cadáver muerto de lepra, y cada vez que aquella alma muerta mía se movía en algo con amor hacia mi Señora, entonces acariciaba y besaba aquel cadáver, y le cantaba canciones suaves, jugando con palabras y gestos graciosos. Todo esto hablaba en voz alta a mi alma, reprendiéndola por su debilidad y su corrupción.

Así también la amargura y la inmundicia de mi vida sobrepasaban a menudo el límite de la sensibilidad; y entonces durante horas enteras me perdía en un torbellino furioso de risa. En esos momentos mis esclavos tenían miedo de acercárseme, y entonces, lanzándome fuera de la cueva, atrapaba a uno por el pelo y, arrastrándolo adentro, lo sometía a una tortura exquisita. Esto, en verdad, me fue de gran utilidad; pues ideaba cosas atroces, y si servían para excitar su máxima angustia, las probaba luego en mí mismo. Así, me clavaba agujas empapadas en barro del Nilo bajo las uñas, para que las llagas, al supurar, produjeran una agonía nauseabunda. O bien cortaba tiras de piel y las arrancaba; pero esto fracasó, aunque funcionaba bastante bien con el esclavo, pues mi propia piel se había vuelto demasiado quebradiza. Luego tomaba un trozo de madera dura y lo

martillaba con una piedra contra los huesos, lastimando la membrana que los recubre y haciéndola hincharse. También esto tuve que abandonarlo, pues el miembro del esclavo murió, y él se hinchó, se pudrió, se puso verde, y en una agonía espantosa murió. Así pues me vi obligado a curarme mágicamente, y esto fue una gran pérdida de fuerza.

Y sin embargo estaba "Lejos de los Bienaventurados", aunque mis labios colgaban sobre mi rostro descarnado como vainas de habas marchitas y ennegrecidas, y aunque no había una sola pulgada de piel en todo mi cuerpo que no estuviera llena de cicatrices.

Pero mi prueba estaba cerca de su fin. Pues el pueblo de Menfis, asombrado por las frecuentes compras de leprosos muertos, hechas siempre por el mismo esclavo, empezó, como es costumbre de los ignorantes, a difundir rumores necios. Por fin dijeron abiertamente: "Hay un santo ermitaño en la vieja cueva junto al Nilo". Entonces las mujeres estériles de la ciudad vinieron a escondidas a verme, con la esperanza de que por mi santidad sus palos secos florecieran. Pero yo les mostré a mi leproso muerto y dije: "Dejadme primero engendrar hijos en este, y después haré vuestro asunto". Esto no les gustó; pero no me dejaron en paz, pues se fueron a sus casas y clamaron que yo era un horror, un gul, un vampiro... Y ante eso todas las mujeres jóvenes y hermosas de la ciudad, dejando a sus amantes y a sus maridos, acudieron en tropel a mí, trayendo regalos. Pero yo las llevé ante el leproso muerto y dije: "Cuando seáis hermosas como aquello es hermoso, y cuando yo esté cansado de su belleza y de su deleite, entonces haré vuestro gusto". Entonces todas se

enfurecieron vehementemente contra mí, e incitaron a los hombres de la ciudad a destruirme. Y yo, no estando dispuesto a desplegar mi fuerza mágica, fui de noche (en cuanto me enteré de esto) y me acogí a sagrado en el santuario de Osiris que les había hecho construir.

Y allí alcancé la felicidad; pues, uniendo mi conciencia con la del dios, obtuve la expansión de esa conciencia. ¿No es el reino de los muertos un reino poderoso? Así percibí el universo como si fuera un solo punto de nada infinita, pero de extensión infinita; y, convirtiéndome en este universo, me disolví por completo en él. Más aún, mi cuerpo se elevó y subió por el aire a una gran altura, más allá de la sombra de la tierra, y la tierra rodaba debajo de mí; y sin embargo de todo esto no supe nada, porque yo era todas estas cosas y ninguna de ellas. Además me uní con Isis, la Madre de Osiris, siendo sin embargo su hermano y su señor.

¡Ay, ay de mí! Pues todo esto no fue sino parcial e imperfecto; ni comprendí verdaderamente lo que ocurrió. Solo supe esto: que debía volver a mi ciudad de Tebas y gobernar en ella como Sumo Sacerdote de Osiris, sin esforzarme ya hacia algún fin inaudito o imposible, sino viviendo quieta y pacientemente en el goce de mis dignidades y riquezas, como un hombre cualquiera.

Pero vi también una cosa: que así como Isis es la Señora de toda la Naturaleza, de lo vivo, y así como Osiris es el Señor de los Muertos, así habría de venir Horus, el Señor de cabeza de Halcón, como un niño, imagen de toda la Naturaleza y de todo el Hombre elevados por encima de la Vida y de la Muerte, bajo el gobierno supremo de Hadit, que es la Fuerza, y de Nuit, que es la

Materia; aunque son una Materia y una Fuerza que trascienden todas nuestras concepciones humanas de estas cosas.

Pero de esto se hablará más adelante, en su debido lugar.

Capítulo VIII

¡Heme aquí, pues, de vuelta en Tebas! Tan lleno de cicatrices y tan cambiado estaba, aunque aún no tenía treinta años, que no me reconocieron. Así que me ofrecí como sirviente en el templo de Osiris, y agradé sobremanera a los sacerdotes, pues por mi poder mágico (aunque ellos lo creían natural) cantaba canciones al dios y componía himnos. Por eso, en menos de un año empezaron a hablar de iniciarme en el sacerdocio.

Ahora bien, el Sumo Sacerdote en ese tiempo era un hombre joven y vigoroso, de barba negra a la manera de Osiris, con un solo mechón cuadrado bajo el mentón. A él lo habían elegido tras mi partida en el torbellino. Y la Suma Sacerdotisa era una mujer de cuarenta y dos años, morena y hermosa, de ojos centelleantes y labios severos. Pero su cuerpo era esbelto y ágil como el de una muchacha.

Y sucedió que me tocó a mí servirle las ofrendas fúnebres: carne de bueyes y de gansos, pan y vino. Y mientras comía hablaba conmigo; pues podía ver por su arte que yo no era un sirviente común. Entonces saqué la consagrada Vara de Khem que tenía de mi padre y la puse en su mano. Ante eso ella se maravilló, pues esa Vara es la señal de una iniciación grande y santa: tan rara que (según dicen) ninguna mujer salvo una la ha alcanzado jamás. Entonces se bendijo por habérsele permitido contemplarla, y me

rogó que guardara silencio por un tiempo, pues tenía algo en mente que hacer. Y yo alcé la vara sobre ella en la bendición de cuarenta y nueve veces, y ella recibió iluminación de ello y se regocijó. Luego caí a sus pies (pues ella era la Suma Sacerdotisa), los besé reverentemente y me retiré.

Entonces, tres días después, según supe, ella mandó llamar a una sacerdotisa diestra en ciertas artes mortíferas y le pidió un veneno. Y esta se lo dio, diciendo: "¡Que el Sumo Sacerdote del Dios de los muertos baje a los muertos!". Entonces aquella perversa Suma Sacerdotisa le hizo llegar sutilmente el veneno en los sacramentos mismos, y él murió de ello. Luego, por su astucia, hizo que nombraran sumo sacerdote a cierto joven desaliñado y estúpido, pensando para sí: "Sin duda el dios lo rechazará". Pero a su palabra la Imagen del dios resplandeció como solía. Y ante eso ella supo (y todos supimos) que la gloria se había ido; pues los sacerdotes habían suplantado la verdadera ceremonia con algún truco de engaño y artificio.

Ante esto quedó ella sumamente abatida, pues, aunque perversa y ambiciosa, tenía sin embargo mucho poder y conocimiento. Pero en lugar de usar ese poder y ese conocimiento, buscó oponer artificio a artificio. Y, sospechando (con acierto) de quién era la astucia que había hecho aquello, lo sobornó para que invirtiera el mecanismo, a fin de que el Sumo Sacerdote quedara avergonzado. Pero avergonzado no quedó; pues mintió, diciendo que el Dios resplandecía más que el Sol; y mintió con seguridad, pues Maat, la Señora de la Verdad, no tenía lugar en aquel templo.

A tal inmundicia había caído todo por mi primer fracaso en asumir la forma del dios, y por la falsedad sacerdotal de que mi santidad me había arrebatado al cielo. Ni les había servido de nada la riqueza por la que mintieron; pues el Faraón había caído sobre Tebas y había puesto mano pesada sobre los cofres del templo, de modo que eran pobres. Hasta vendían buenos augurios por oro; y estos eran una verdadera destrucción para quienes los compraban. Luego vendieron maldiciones, y sembraron discordia en la ciudad. Por lo cual el pueblo se empobreció aún más, y sus dones al templo menguaron todavía más. Pues no hay necedad como el hambre de ganancia. Antiguamente los dioses habían dado bendición, y el pueblo ofrecía libremente de su abundancia. Ahora los sacerdotes sembraban paja y no cosechaban sino esterilidad.

Así que esperé pacientemente en silencio para ver qué podía suceder. Y esta necia sacerdotisa no supo pensar mejor recurso que el anterior. Pero este joven estúpido había adivinado cómo había muerto su predecesor, y no tocaba los sacramentos, sino que fingía. Entonces ella me llamó (yo había sido ya ordenado sacerdote) para pedirme consejo; pues tenía intención de ponerme en su lugar.

Así que me preparó un gran banquete; y cuando estuvimos bien ebrios apoyó la cabeza sobre mi pecho y me dijo cosas maravillosas de amor, ¡a mí, que había amado a la Velada! Pero yo fingí toda la locura de la pasión y la emborraché con ella, de modo que dijo grandes palabras, que brotaban espumosas como peces muertos hinchados al sol, sobre cómo gobernaríamos Tebas y (quizá) desplazaríamos al Faraón y tomaríamos su trono

y su cetro. Y sin embargo, ¡mujer necia!, no se le ocurría cómo podría quitar de en medio a este estúpido sumo sacerdote, su propio candidato. Así que le respondí: "Asume la Forma de Osiris, y todo irá bien en el Templo de Osiris". Me burlaba de ella, pues sabía que no podía. Pero tan ebria estaba de amor y de vino que allí mismo celebró el ritual de Adoración y Asunción. Entonces yo, de humor alegre, ejercí mi poder e hice que en verdad se convirtiera en Osiris, de modo que quedó helada y rígida, con los ojos fijos... Entonces intentó chillar de miedo, y no pudo; pues yo le había impuesto el silencio de la tumba. Pero todo el tiempo fingí asombro y aplauso, de modo que quedó completamente engañada. Y, cansado de burlarme de ella, le ordené volver. Así lo hizo, y no supo qué decir. Al principio fingió haber recibido un gran secreto; luego, sabiendo cuánto más alto era mi grado de iniciación, no se atrevió. Entonces, por fin, asustada, se arrojó a mis pies y lo confesó todo, alegando que al menos su amor por mí era verdadero. Bien pudo haberlo sido; en todo caso yo habría tenido compasión de ella, pues a decir verdad su cuerpo era como una flor, blanco y puro, aunque su boca era pesada y fuerte, sus ojos arrugados de lujuria y sus mejillas flácidas de engaño. Así que la consolé, estrechando su cuerpo blando entre mis brazos, bebiendo el vino de sus ojos, alimentándome de la miel de su boca.

Luego, por fin, le aconsejé que lo invitara a un banquete secreto, y que yo los serviría, disfrazado con mi vieja ropa de sirviente. A la noche siguiente vino él, y yo los serví, y ella le hizo el amor abiertamente (aunque fingido). Pero con sutileza, de modo que él se creyó el león y a ella la cierva. Entonces, por fin, enloqueció del todo y dijo: "Te daré lo que quieras por un beso de esa tu boca

maravillosa". Entonces ella le hizo jurar el juramento por el Faraón (el cual, si lo rompía, el Faraón tendría su cabeza), y lo besó una vez, como si su pasión fuera como la pasión del Nilo en crecida por los bancos de arena que devora, y luego, levantándose de un salto, le respondió: "¡Dame tu cargo de Sumo Sacerdote para este amante mío!". Y con eso me tomó y me acarició. Él se quedó boquiabierto, horrorizado; luego se quitó el anillo del cargo y se lo arrojó a los pies; le escupió una palabra a la cara; se escabulló.

Pero yo, recogiendo el anillo del cargo, le grité: "¿Qué se hará a quien insulta a la Suma Sacerdotisa?".

Y él se volvió y respondió hoscamente: "Yo era el Sumo Sacerdote".

"¡Ya no tenías el anillo!", le increpó ella con furia, el rostro blanco de ira, la boca chorreando la espuma de su cólera; pues la palabra era una palabra vil...

Entonces golpeó la campana, y apareció la guardia. A su orden trajeron los instrumentos de muerte, convocaron al verdugo y nos dejaron allí. Entonces el verdugo lo ató a la rueda de hierro por los tobillos, por la cintura y por la garganta; y le cortó los párpados, para que mirara su muerte. Luego con sus tijeras le cortó los labios, diciendo: "Con estos labios blasfemaste contra la Santa, la Esposa de Osiris". Luego, uno por uno, le arrancó los dientes, diciendo cada vez: "Con este diente formaste una blasfemia contra la Santa, la Esposa de Osiris". Luego le arrancó la lengua con sus tenazas, diciendo: "Con esta lengua hablaste blasfemia contra la Santa, la Esposa de Osiris". Luego tomó un

ácido corrosivo fuerte y le llagó la garganta con él, diciendo: "Desde esta garganta blasfemaste contra la Santa, la Esposa de Osiris". Luego tomó una vara de acero al rojo blanco y le quemó las partes secretas, diciendo: "Sé avergonzado tú, que has blasfemado contra la Santa, la Esposa de Osiris". Después de eso tomó un chacal joven y le dio a comer su hígado, diciendo: "¡Que las bestias que devoran carroña devoren el hígado que se alzó para blasfemar contra la Santa, la Esposa de Osiris!".

Con eso murió el desdichado, y expusieron su cuerpo en el foso de la ciudad, y los perros lo devoraron.

Ahora bien, todo este tiempo mi señora había jugueteado amorosamente conmigo, haciendo un gemido de amor tan dulce como jamás lo hubo, y sin embargo con el rostro fijo en los ojos de aquel que la amaba, que miraban allí con fiereza en el tormento del infierno, el cuerpo pugnando siempre contra el alma por cuál prevalecería. Y, según juzgo, por el favor de Set el Alma obtuvo allí el dominio. Además, aunque lo escribo ahora, fríamente, tantos miles de años después, nunca tuve tal gozo de amor con mujer alguna como con ella, y en aquella hora, de modo que al escribirlo recuerdo bien, a través de la niebla del tiempo, cada palabra de miel que dijo, cada beso hechicero (nuestras bocas forzadas de costado) que sorbió de mis labios desfallecientes, cada estremecimiento de su cuerpo blando y fuerte. Recuerdo las espirales enjoyadas de su cabello, cómo picaban como víboras al tocarme; el agudo arrobamiento de sus uñas puntiagudas que me oprimían, ora suaves como terciopelo, ora caprichosamente crueles, ora (enloquecidas de amor) hundidas hondo hasta sacar sangre, mientras jugaban arriba y

abajo por mi espalda. Pero yo no veía nada; ¡por Osiris lo juro!, no veía nada, salvo solo la mirada feroz en los ojos de aquella alma perdida que se retorcía en la rueda.

En verdad, cuando el verdugo sacó el cadáver, caímos hacia atrás y quedamos tendidos allí entre los despojos del banquete, los frascos volcados, los manteles torcidos, las lámparas apagadas o derramadas, las copas de oro, cinceladas con imágenes obscenas, arrojadas aquí y allá, las carnes colgando del borde de sus fuentes enjoyadas, con su jugo manchando el blanco lujo del lino; y en medio nosotros mismos, con los miembros tan descuidados como el viento, inmóviles. Se habría dicho: ha llegado el fin del mundo.

Pero a través de todo aquel abismo ardiente de sueño en que estaba tan hondamente sumergido, se agitaba todavía el fresco deleite de saber que había ganado la mano por la que jugaba, que era Sumo Sacerdote de Osiris en Tebas.

Pero por la mañana nos levantamos y nos aborrecimos el uno al otro, con las bocas torcidas, las lenguas colgando flojas por las comisuras como perros sedientos, los ojos parpadeando de agonía por la tortura de la luz del día, los miembros pegajosos de sudor rancio. Por tanto nos levantamos y nos saludamos en la dignidad de nuestros altos cargos; y nos separamos el uno del otro, y nos purificamos.

Luego fui a la Ceremonia de Osiris, y por última vez se representó la farsa vergonzosa. Pero en mi corazón juré en secreto limpiar el templo de su embuste y su necedad. Por tanto, al final de la ceremonia realicé un poderoso destierro, un destierro de todas

las cosas mortales e inmortales, desde Nuit, que circunda el Espacio infinito, hasta Hadit, el Núcleo de las Cosas; desde Amoun, que gobierna ante todos los Dioses, hasta Python, la terrible Serpiente que mora al fin de las cosas; desde Ptah, el dios del alma pura del éter, hasta Besz, la fuerza bruta de aquello que es más grosero que la tierra, que no tiene nombre, que es más denso que el plomo y más rígido que el acero; que es más negro que la espesa oscuridad del abismo, y sin embargo está dentro de todo y en torno a todo. ¡Amén!

Luego, durante el día, deliberé conmigo mismo e ideé una astucia que igualara la astucia de los que habían blasfemado contra Osiris, que por fin se había convertido en mi Dios. ¡Sí! Amargamente lo vengaría al día siguiente.

Capítulo IX

Ahora bien, esta fue la manera de mi obra: inspiré a la Suma Sacerdotisa un Oráculo, de modo que profetizó, diciendo que Osiris nunca estaría contento con sus servidores a menos que hubieran pasado las cuatro pruebas de los elementos.

Antiguamente estos rituales habían estado reservados a un grado especial de iniciación. Por eso el capítulo se alarmó no poco, hasta que recordaron cuán vergonzosamente se imitaba toda la verdadera magia, de modo que corrió el rumor de que aquello no era sino un artificio de la Suma Sacerdotisa para aumentar la reputación de santidad del templo. Y, confirmándolos su necedad en esto, accedieron alegremente y se jactaron.

Entonces, pues, los envolví uno por uno en las vendas funerarias de Osiris, atando sobre el pecho una imagen del dios, verdaderamente consagrada, con un talismán contra los cuatro elementos. Luego los puse uno por uno sobre una torre estrecha y elevada, en equilibrio, de modo que el menor soplo de viento los arrojara a la destrucción. A los que el aire perdonó los arrojé después al Nilo, donde más espuma y más corre. Solo a unos pocos los devolvió el agua. A estos, sin embargo, los enterré tres días en la tierra, sin sepulcro ni ataúd, para que el elemento tierra los combatiera. Y a los raros que la tierra perdonó los arrojé sobre un fuego de carbón.

Ahora bien, quien está preparado para estas pruebas (estando primero en sintonía con los elementos) las encuentra fáciles. Permanece quieto, aunque la tempestad se desate sobre la torre; en el agua flota con facilidad y ligereza; enterrado, no hace más que entrar en trance; y, por último, sus envolturas lo protegen contra el fuego, aunque toda Tebas fuera a alimentar la hoguera.

Pero no fue así con este sacerdocio bastardo de Osiris. Pues de los trescientos solo nueve fueron hallados dignos. A la Suma Sacerdotisa, sin embargo, la hice pasar por mi magia, pues me había divertido sobremanera, y yo hallaba gran placer en su amor, que era más salvaje que la furia de todos los elementos juntos.

Así que reuní a los nueve que habían sobrevivido, todos ellos hombres, y les di instrucción y consejo, para que formaran una hermandad secreta que aprendiera y enseñara la fórmula del Osiris en su función suprema de iniciar al alma humana. Que mantuvieran la disciplina en el templo solo por causa del pueblo,

permitiendo toda corrupción pero apartándose ellos de ella. ¿No es perecedero el cuerpo, y la piel lo más puro? Así también la antigua práctica del embalsamamiento habría de caer en desuso, y eso pronto; pues el mundo había pasado bajo el gobierno de Osiris, que ama el osario y la tumba.

Habiendo jurado todos debidamente en esta hermandad secreta, los designé, uno para presidir cada grado, y al del grado más bajo para seleccionar a los candidatos y gobernar el templo. Entonces celebré la Ceremonia invocatoria de Osiris, tras haber destruido la maquinaria blasfema; y ahora por fin el Dios me respondió, centelleando con brillo infinito.

Entonces me di a conocer a los Sacerdotes, y ellos se regocijaron sobremanera de que tras todos aquellos años la vieja mentira quedara abolida y el maestro volviera a lo suyo.

Pero el dios pronunció un Oráculo, diciendo: "Esta última vez centellearé con brillo en Mi templo; pues Yo soy el dios de la Vida en la Muerte, oculto. Por tanto vuestra magia será de ahora en adelante una magia secretísima en el corazón; y a quienquiera que obre abiertamente algún milagro, a ese lo conoceréis por mentiroso y pretendiente a la Sabiduría sagrada.

"Por esta causa estoy envuelto siempre en una mortaja blanca estrellada con los tres colores activos; estas cosas Me ocultan, de modo que quien Me conoce ha pasado más allá de ellas".

Entonces el dios nos llamó a cada uno por separado ante sí, y al oído de cada uno susurró una fórmula secreta y una palabra de poder, perteneciente al grado al que yo lo había designado. Pero a mí me dio la fórmula suprema y la palabra suprema, la palabra

que tiene setenta y ocho letras, la fórmula que tiene sesenta y cinco miembros.

Así pues me consagré allí mismo a una comprensión más completa de Osiris mi Dios, para descubrir su función en todo el curso del Cosmos. Pues el que nace en los años del poder de un Dios piensa que ese Dios es eterno, uno, solo. Pero el que nace en la hora de la debilidad del Dios, en la muerte de uno y el nacimiento del otro, ve algo (aunque sea poco) del curso de las cosas. Y para él es necesario comprender plenamente ese cambio de cargo (pues los dioses ni mueren ni renacen, sino que ora uno inicia y el otro guarda, ora uno anuncia y el otro santifica), su propósito y su sentido en todo el plan de las cosas.

Así yo, en este año V del Equinoccio de los Dioses (1908), en que Horus tomó el lugar de Osiris, buscaré, a la luz de esta mi memoria mágica, comprender plenamente la fórmula de Horus (Ra Hoor Khuit), mi dios, que gobierna el mundo bajo Nuit y Hadit. Y así como Ankh-f-na-khonsu me dejó la estela 666 con las claves de ese conocimiento, así también pueda yo escribir en jeroglífico la fórmula de la Señora de la Vara Bifurcada y de la Pluma, que asumirá su trono y su lugar cuando la fuerza de Horus se haya agotado.

Así pues, el servicio de los Dioses había de ser secreto y su magia oculta a los hombres. Habían de caer de su sitio ante los ojos de los hombres, y las ratitas de cloaca habían de venir a burlarse de ellos, sin que ningún hombre los vengara, y ellos del todo despreocupados, sin golpear por sí mismos. Y sin embargo había de ellos un conocimiento que un iniciado podía ganar, aunque

mucho más difícil, inconmensurablemente más alto y más íntimo.

Mi vida desde ese momento se concentró intensamente sobre sí misma. No tenía tiempo ni para prácticas ascéticas ni para placer alguno; ni quise tomar parte activa en el servicio del templo, que, purificado y regenerado, se había vuelto a la vez sutilmente perfecto y perfectamente sutil. No todo el pueblo comprendió en absoluto el cambio que había ocurrido; pero los demás obedecieron e hicieron como que entendían, no fuera que sus compañeros los despreciaran. Así sucedió que cuanto más ignorante y estúpida era una persona, más fingía entender; de modo que los menos devotos parecían los más devotos, como sucede hasta el día de hoy.

Pero para mí todas estas cosas eran como nada; pues estudiaba siempre la naturaleza de Osiris, concentrándome en símbolos puros y misteriosos. Comprendí por qué se decía que Isis no había logrado descubrir el Falo de Osiris, y así percibí la necesidad de que Horus lo siguiera en la gran sucesión de los Equinoccios. Además fabriqué talismanes de luz pura concernientes a Osiris, y celebré en luz todas las ceremonias de iniciación en sus misterios. Estas fueron interpretadas por sabios y traducidas a la lengua del crepúsculo, y grabadas en piedra y en la memoria de los hombres.

Pero me intrigaba todavía más aquella gran lucha por aprehender el curso de las cosas, tal como se ve desde el punto de vista del Destino. Para poder dejar imágenes verdaderas e inteligibles que iluminaran la mente de aquel (fuera yo mismo u

otro) que viniera después de mí a celebrar el Equinoccio de los Dioses al final del período de Osiris. Como ahora ha sucedido.

Así pues, treinta y tres años viví en el templo de Osiris como Sumo Sacerdote; y sometí a todos los hombres bajo mí. Además abolí el cargo de sacerdotisa, pues ¿no había fracasado Isis en hallar aquel venerable Falo sin el cual Osiris ha de ser un dios tan melancólico? Por eso Khemi había de caer, y el mundo había de estar oscuro y afligido por muchos años.

Por tanto convertí a mi Suma Sacerdotisa en una sirvienta, y con el rostro velado me sirvió todos aquellos muchos años, sin hablar nunca. Pero, cumplidos estos, juzgué oportuno recompensarla. Así que mágicamente renové a su alrededor el cuerpo de una muchacha, y durante un año me sirvió sin velo y hablando a su gusto. Y, llegado su tiempo, murió.

Entonces miré de nuevo en mi destino, y percibí que toda mi obra estaba debidamente cumplida. Ni podía hallarse uso ni valor alguno en mi cuerpo. Por tanto resolví aceptar mi gran recompensa, que me fue concedida como fiel ministro del dios F.I.A.T., que está detrás de toda manifestación de Voluntad y de Inteligencia, del cual Isis y Osiris y Horus no son sino los ministros.

De esto, y de mi muerte, hablaré en otra ocasión. Pero primero discurriré sobre los habitantes del reino que circunda el mundo, para que los que temen sean consolados.

Capítulo X

Pero de estas cosas se me advierte que no he de tomar conocimiento ahora, porque en ellas se contienen grandes misterios, pertenecientes a un grado de iniciación del cual todavía soy indigno.

(Aquí el relato llega abruptamente a su fin.)

Traducción al español hecha directamente desde el original inglés en dominio público.

Abadía Argentum: https://thelema.prometeolatam.online

Agradecimiento a Frater Adael por el armado de la biblioteca.

Traducciones de la Abadía Argentum bajo licencia Creative Commons Atribución, No Comercial, Compartir Igual 4.0 (CC BY-NC-SA 4.0). Los textos originales están en dominio público.

La Abadía Argentum es libre y gratuita. Si querés sostenerla, podés hacer una donación libre en https://thelema.prometeolatam.online/sobre/#donar